

DISCURSO DEL PROF. D. ENRIQUE DE LA LAMA, PRESIDENTE DEL COMITÉ ORGANIZADOR DEL SIMPOSIO

Acaban ahora días de intenso trabajo y de pletórico ambiente universitario. Este año, el 3 de mayo ha sido la fecha inicial del Simposio: pero el 3 de mayo es la fiesta tan popular de la Cruz: *vámonos al campo por romeroll vámonos, vámonos// por romero y por amor* —como diría Juan Ramón—.

El 3 de mayo, también, ha venido a recoger la celebración martirial de los Santos Apóstoles Felipe y Santiago, que fue durante más de un milenio fasto litúrgico del primero de mayo¹. La inauguración de mayo es el comienzo del verano clásico: fiesta de Santiago el Verde² —rojo podría llamarse, cuando los campos de Europa se ensangrientan de amapolas mezcladas entre las mieses—.

El sueño de una noche de verano —de William Shakespeare— realiza su historia en la noche culminante de este verano que tiene su festejo inaugural en la fiesta de Felipe y Santiago. Desde aquí, se avanza ya hacia el solsticio ardiente.

Así pues, nuestro Simposio comenzaba con augurios premonitorios de juventud y de sabio amor. Eso es, y debe ser antes que otra cosa, un Simposio: ágora, «carrefour» y arcópagos de novedades, en que personalidades con experiencias intelectuales profundas exponen logros de su investigación para favorecer mutuas influencias o acertadas correcciones de óptica. Tal vez, en fin, conexiones nuevas hacia el futuro.

1. «Celebris est ad Kalendas Maji memoria Sancti Philippi Apostoli in antiquissimis fastis latinis. Pervetustum Martyrologii Hieronimiani apographum a mille prope annis exaratum... habet paefixum indiculum de festis apostolorum diebus, et referenda ad Kalendas Maji ista sugerit: Natalis Sancti Philippi Apostoli, in civitate Hierapoli provinciae Asiae. Verum in contextu Martyrologii ad Kalendas Maji haec solum leguntur: Natalis Sanctorum Apostolorum Philippi et Jacobi». *Acta Sanctorum*, Maji 1-4, Die prima maji, p. 7.

2. LOPE DE VEGA, *Santiago el Verde*, publicada por Ruth Annelise OPPENHEIMER, en *Teatro Antiguo Español. Textos y Estudios*, IX, Madrid 1940. Sobre los festejos de «Santiago el Verde», cfr. *ibidem*, 162s.

Esta necesidad sutil de los encuentros se ha sentido desde muy antiguo. Las élites del Renacimiento seicentescos —por ejemplo—, es bien sabido que tenían sus rutas «sapienciales», su red de encuentros intelectuales anudada en emporios, ganglios y conductos transmisores de la linfa vital que alimentaba el progreso: Oxford y Cambridge, el monasterio de Saint-Omer o Paris con su Universidad, Toulouse o Bologna, Salamanca o Firenze. No eran tantos los renacentistas —los filólogos y sabios en el siglo dieciséis, que es el siglo de la fama—. Pero eran inquietos, curiosos, sagaces e inconformistas y tenían una fe nueva en el hombre y en su vocación y sentido. El progreso del pensamiento necesita del intercambio y de la reciprocidad que sólo se da en el diálogo. El mismo nombre de simposio y de diálogo significa un sublime juego del espíritu y una de las formas fecundas del amor. Feracidad que premia el esfuerzo intelectual y el olvido de sí con las satisfacciones más puras.

No es mi papel —aquí y ahora— cuantificar la cosecha de estos días. No me toca, gracias a Dios, comportarme como quien enseña el album de la boda reciente o como quien pasa por la tela del propio juicio las intervenciones de los egregios profesores y de los estudiosos interesados en las cuestiones que se trataron. Pero estoy seguro de que el esfuerzo de comunicación realizado ha conseguido encender unas luces en las mentes y corazones. En la Universidad de Navarra sentimos preferencia por el trabajo en equipo, y los personalismos excluyentes, aquí, no cuentan. Valoramos mucho el trabajo honrado y ordinario teniendo en cuenta que nada es fácil de hacer y que *todo es posible al que cree*. Por eso debo dar gracias a todos los que han colaborado en esta tarea.

Las sesiones de debate han sido vivas, muy participadas, con asistencia de público enterado y afanoso, que escuchaba y tomaba partido y prolongaba las discusiones en los cenáculos de los colegios mayores o paseando por el verdor del campus de la Universidad o por cafés de Pamplona. Hasta las Ventas de Ulzama sé yo que se fueron de goliárdico bullicio algunos participantes. Debates amistosos, que facilitarán luego que el caudal recibido se decante en el interior del alma en un poso de riqueza comprensiva.

Las comunicaciones han sido muchas y muchas también las páginas llenas de interesantes puntos de vista que luego pasarán a la imprenta el día que las Actas vean pública luz.

Pero el terminarse ya de un Simposio es el comienzo de un examen detenido: aquí no queremos ser lo que decía Santiago en su Epístola Católica: oyentes olvidadizos que son como aquel que miraba su propio rostro en el espejo y, acto seguido, se olvidaba de lo que había

contemplado (y ya se ve que el que se miraba al espejo necesitaba de algunas correcciones y remedios, porque de otro modo el autor sagrado no lo hubiera reprochado). Está claro que olvidarse de la propia hermosura —cuando la hay— sería modestia muy digna de loa. Pero no: el olvidadizo seguramente tenía «sangre de horchata» y se había acostumbrado a contemplar su faz deficiente sin ánimo alguno de poner remedio.

Sin duda alguna el mester histórico cuenta entre sus tentaciones más graves aquella que consiste en explicar los aconteceres complejos, intrincados o paradójicos con criterios adventicios y ajenos a la intrínseca realidad: con clichés subjetivos y apriorísticos elaborados en el gabinete —a persianas caídas—: construyendo climas idealizados o administrando justicia, como si la historia fuere la gran instancia irrevocable.

Por otro lado estaría la cándida aceptación de quienes contemplan la Historia de la Iglesia como «speculum sine mácula» y se derrumban escandalizados al ver que el río generoso todavía no deja crecer en sus márgenes los bosques perfumados, prometidos en el Apocalipsis, ni facilita las capturas generosas de pesca a los alegres trabajadores. Más bien, el río caudaloso lleva aguas feraces, pero turbias y, a veces, arrasa los huertos en sus crecidas y mezcla, con la vida lágrimas y errores inseparables de toda realidad que sea humana hasta el fin de los tiempos.

En el año 2000 el Papa Juan Pablo II ha pedido perdón al Amado: porque Él que lo tiene todo ha sido maltratado en la historia y han sido muchos los olvidos, han sido muchas las injurias.

El Amado merecía haber sido amado por todas las generaciones.

Pero el Amado era olvidado con pertinacia. Rico en todo y pobre de amigos. Pocos son los que aman y pocos son los que se olvidan de sí.

¿A quién pedía perdón Juan Pablo II? A los dos: al Amigo y al Amado. Bien se entiende que tengo en el pensamiento el libro de Lulio: *Libro del Amigo y del Amado*. Libro que es un tesoro abundante de gemas preciosas.

Ha pedido Juan Pablo II perdón al Amado, por las muchas veces que fue maltratado, olvidado; y porque padeció agonía hasta aquí en todos los sufrimientos injustos. Y al Amigo —que es el alma, que es el pueblo santo, que es la buena gente y la inocencia de los hombres que luchan— también: perdón al Amigo a lo largo del camino real de todo su existir, en todos los rincones de la existencia humana, bajo todos los árboles de la primavera, a la sombra de todas las rocas que han visto el derramamiento de la sangre.

Pero la mejor petición de perdón es la proclamación y la investigación infatigable de la verdad: «En un gran bosque estaba el amigo buscando al Amado. Encontró a la verdad y al error que estaban discutiendo acerca del Amado. La verdad lo alababa y el error lo injuriaba. Por eso el amigo llamó al amor para que viniese a ayudar a la verdad» (192)³.

Es la historia mester de Amigo, saber de Amigo porque la mejor historia es la que busca las huellas de la gracia y del Amor. «Teología y Filosofía, Medicina y Derecho encontraron al Amigo que les preguntó si habían visto a su Amado. La Teología lloraba, la Filosofía dudaba, la Medicina y el Derecho se alegraban. Y se preguntaba el Amigo que iba en busca del Amado lo que significaba cada una de esas cuatro actitudes» (343).

Y yo interpreto que la Medicina y el Derecho se alegraban sin duda —al entender del Beato Raimundo Lulio—, porque —siendo como son ciencia experimental la una, y ciencia eminentemente práctica y arte de prudencia cual ninguno, la otra— compensan de por sí al que las ejerce con la íntima satisfacción del descubrimiento de su verdad. Y toda verdad es de por sí un reflejo de la luz del Amado.

Pero no toda verdad es la Verdad final; no toda verdad lleva consigo la entrega de las perlas que deben ser buscadas en los fondos abisales de la Filosofía. ¡Cuántas veces, en lugar de perlas, esos fondos abisales entregan oscuridades y el buceador emerge con los dientes vacíos. Por eso la Filosofía dudaba. Y la Teología lloraba porque, si es auténtica, se hace consciente del Amor y el Amor no se da sin dolores y sin saudades que matan y que sólo se mitigan con las lágrimas.

Con mucha razón decía alguien, uno de estos días pasados, que la especulación teológica no puede nunca hurtarse al deber del conocimiento histórico, so pena de incurrir en una superficialidad perniciosa. El historiador de la Iglesia es un buscador. La vida es búsqueda. Y la historia está pegada a la vida. El historiador cerrado en su torre de marfil sería un paradigma inauténtico. Por eso el historiador de la Iglesia debería mirar al Amigo como su modelo y dechado. El historiador debería ser el Amigo: desearía yo mismo persuadirme de ello y *nunca de jallo ma siempre guardallo*. Porque pretender leer, orar y escribir la Historia de la Iglesia o comprenderla en su mística identidad sin llevar en

3. *Libre de Amich e Amat* del B. Mestre RAMON LULL. Text original directament trelladat d'un codiç trecentista ab proemi, notes y glosari den M. Obrador y Bennassar, Archiver mallorquí, Edició Catalunya, Palma de Mallorca 1904. Los números —que se citan arriba en el texto— son del libro: pertenecen a la estructura redaccional y son idénticos en todas las ediciones. Las traducciones del texto catalán son, modestamente, más; cuando no se indica otra cosa.

el pecho el mismo corazón del Amigo, es exponerse —ya de inmediato— a hablar de la Iglesia sin conocerla, a buscar huellas del Amor sin entender el Amor, a buscar los reflejos del Don desde la ignorancia de la gratitud.

La Historia es «de preteritis». La Historia no es «de aeternis». Y el Amigo tiene fe. El Amigo tiene esperanza. Y la esperanza «certitudinaliter tendit in suum finem».

La versión que hace Clara Janés de unas palabras de Lulio pueden resumir nuestras añoranzas en esta tarde de despedida. No sé cómo se dirá más bellamente, más finamente la fusión en unidad de los amantes: «Cantaban los pájaros al alba, y despertóse el Amigo que es el alba; y los pájaros acabaron su canto, y el Amigo murió por el Amado en el alba» (25)⁴.

Se ha podido decir que, si no conociéramos por otros datos, al beato y filósofo mallorquín, pensaríamos que la suya fue una personalidad de esencialidades perfectísimas, de quintaesencias extraídas mediante alambique, con barroquismos de orfebre y labranzas preciosas de su pensamiento. A veces, sin embargo, cuando los ojos se levantan a contemplar el horizonte, los tecnicismos no son suficientes. Por eso se encomia en Raimundo Lulio la perfección del estilo y la altura del pensamiento: y que su prudencia haya sido siempre el justo fiel de la balanza.

Cuando el humanista es así, la Historia —la suya, la que él elabora y trabaja— es *magistra vitae*.

4. Clara JANÉS, *La palabra y el secreto*, Huerga & Fierro, Madrid 1995, 134.